

**EL SECRETO DE
LOS DEDOS DE
AIGNES**

**PABLO CARNICERO
DE LA CÁMARA**

© Pablo Carnicero de la Cámara.

Extracto gratuito de la novela.

Revisión ortotipográfica:

Neftalí Lamolda (@neftali.bookstagrammer)

Revisión general: David López.

Puedes conseguir más información en mi web:

[Pablo Carnicero Escritor](#)

Encuentra todas mis novelas en Amazon:

[NOVELAS PABLO CARNICERO](#)

Todos los derechos reservados. Está prohibida la distribución y la reproducción total y parcial

de la obra sin el expreso consentimiento del autor

I

5 de junio de 1944.

—Descanse, soldado.

El general Michael E. Meyers, un hombre de mandíbula cuadrada, facciones duras y cabello cano corto según el reglamento militar, no desvió la mirada al pronunciar sus palabras. Se mantenía acomodado frente a la mesa de su despacho mientras ojeaba distraído el expediente del recién llegado. Galones y menciones salpicaban tanto la pechera de su camisa como las paredes de la estancia.

El soldado obedeció.

—James Villalobos; curioso nombre —prosiguió con voz distraída—. Un expediente académico inmaculado: licenciado en Historia por la Universidad de Nuevo Boston, especializado en Historia Antigua; de padres académicos, pero obtuvo una beca deportiva en su universidad para entrar en el equipo de baloncesto. Curioso. Se alistó en el 506 Regimiento de Infantería Paracaidista, y fue asignado a la 101 División Aerotransportada, División E.

Alzó la mirada con orgullo casi paterno.

—Tengo que felicitarlo. Sus antecedentes académicos no me impresionan, pero que haya logrado hacerse un hueco en el cuerpo mejor adiestrado de nuestro ejército es digno de consideración.

—Gracias, señor —contestó James con el pecho henchido de orgullo.

Era alto, de rostro ovalado, frente despejada y cabello moreno. No muy corpulento, pero se mantenía en un estado físico excelente merced al espartano entrenamiento recibido en la mencionada división. Vestía el uniforme de servicio del Ejército

de los Estados Unidos: pulcra guerrera de paño, camisa y pantalones de algodón teñidos de verde y botas de paracaidista con los pantalones embudidos en el interior, reveladoras de haber superado el intenso adiestramiento de ese cuerpo.

—Lamento informarlo de que será relevado de su unidad y trasladado a otra diferente.

La respiración de James se detuvo. Pálido, recorrió con la mirada las paredes plagadas de cuadros y menciones de honor recibidas por el general, como si buscara algún pretexto para descartar la orden recibida.

—¿Está usted bien?

—Estoy bien, señor, gracias.

—Pues no lo parece. Se ha quedado pálido. Dígame: ¿tan mala noticia es?

James aguardó un instante antes de contestar. Sentía la lengua pegada al paladar, y apenas obtenía el aliento necesario.

—La peor de todas, señor.

—Explíquese.

—He permanecido más de dos años entrenándome junto a mis compañeros para saltar sobre los alemanes, señor. Me alisté voluntario para formar parte de los mejores, para combatir junto a ellos. Si me traslada, todo perderá sentido.

—Pero lo estoy alejando del peligro, soldado —replicó el general con una ligera sonrisa en el rostro. Se reclinó sobre su asiento, y el cuero crujió débilmente—. El 101 Aerotransportado formará parte de una misión de máximo riesgo, y muchos de sus compañeros caerán. Incluso es probable que usted también.

—No me importa, señor.

—Pues alguien del Estado Mayor ha decidido trasladarlo, Villalobos, así que no tiene más remedio que hacer el petate y dirigirse a su nuevo destino.

—¿He cometido alguna falta disciplinaria, señor?

Meyers lanzó una mirada dura y fría.

—Con esa pregunta ya la ha cometido —contestó con tono autoritario—. No cuestione las órdenes. ¿No es eso lo que ha aprendido en su instrucción?

—Sí, señor.

—Pues obedezca. Diríjase al barracón 589; allí encontrará acomodo y aguardará órdenes. Puede retirarse.

James saludó con la mirada perdida, abandonando el despacho con un giro marcial. Al cerrar la puerta, el mundo se derrumbó sobre sus hombros, pero al momento fue rescatado por la voz grave y seria del asistente del general diciéndole:

—Apresúrese, soldado.

Aquel oficial lo había trasladado hasta el despacho del general y, dirigiéndole una mirada de odio, lo consideró un cómplice de su desgracia.

—Acompáñeme —insistió.

Recorrieron un largo pasillo y accedieron hasta el exterior de la base aérea de Uppottery, donde la actividad era frenética: los gigantescos aeroplanos poblaban el cielo como pájaros de papel mientras el personal se afanaba en los trabajos de mantenimiento, reparación y limpieza de los aparatos en tierra. Un puñado de soldados marchaba en perfecto orden hacia los C47 para realizar una nueva maniobra, pero James lo ignoró todo. Se desplomó en el asiento de copiloto del Jeep del oficial de enlace, permaneciendo en silencio durante todo el regreso al lugar donde el 101 había sido acuartelado, un par de kilómetros al este de la base aérea. La unidad entera se encontraba realizando maniobras, quizá en el interior de uno de los C47 que había despegado en el momento en el que Villalobos accedía al interior del despacho de Meyers. En aquel instante había acudido visiblemente molesto, puesto que perder una ocasión de saltar era imperdonable para él y sus compañeros, por lo que a buen seguro recibiría numerosas bromas y chanzas durante la cena.

El barracón se encontraba vacío. Recogió sus pertenencias en silencio, lentamente, como ralentizando el instante en que

abandonase la unidad. Nadie conocería el motivo por el cual desaparecía y que sin duda sería entendido como una notable traición. Durante el trayecto hacia Uppottery, sopesó la opción de solicitar la baja y regresar a casa: no se había alistado para combatir en otra unidad que no fuese la 101. Pero debía cumplir con su deber, no podía dar un paso atrás. Cumpliría las órdenes y si deseaba regresar al 101, lo haría como un oficial que había logrado ascender hasta ser destinado a esta misma unidad. Esta norma, quizá cruel, que aleja a un camarada de sus compañeros, en aquella ocasión le ofrecería la oportunidad de regresar a su unidad. No los dejaría solos.

—Lo siento, muchacho —dijo el teniente de enlace en el instante en el que James descendía del Jeep. Este alzó la mirada, contemplando su rostro por primera vez en toda la mañana: era un hombre joven, de aspecto jovial, barbilampiño y mirada inteligente. James saludó a su superior en silencio, internándose acto seguido en el barracón 589, una humilde construcción de madera que albergaba un reducido número de literas alineadas en ambos extremos.

—Esto es una mierda —masculló mientras se instalaba sobre una de las camas libres—. Una auténtica mierda. Me han jodido. Al cabo de unos minutos, escuchó el sonido de pasos en el interior del barracón. Incorporándose sobre la litera y alisándose el cabello con la mano, pudo ver a cuatro soldados que comenzaban a depositar sus pertrechos sobre las literas de manera distraída. Uno de ellos, alto, delgado y de rostro aguileño, se aproximó hasta él.

—Norman Dupre, 3 División de Infantería. —Le tendió la mano sonriente.

James se puso en pie y se la estrechó.

—James Villalobos, del 506 de Infantería Paracaidista.

Dupre observó la guerrera de James que colgaba de uno de los extremos de la litera.

—Vaya, aquí tenemos un paracaidista de la 101, parte integrante del 506 —dijo—. Sois célebres.

—Ya no lo soy, me han trasladado.

—Como a todos —interrumpió otro de los recién llegados: un hombre corpulento y de cabello pelirrojo—. Robert Redstone, de la 29 División de Infantería.

—John Roah, médico —intervino otro más, de cabello rubio, menos corpulento que su compañero y de mirada inteligente.

—Michael Bastan —se presentó el último recién llegado: un hombre menudo, de cuerpo compacto, rostro ovalado y ojos diminutos—. 1 División de Infantería.

Todos mostraban la camisa y la guerrera limpias de insignias: parecían reclutas en su primer día de instrucción. Bastan, Roah y Redstone después de saludar a James se dirigieron hacia una mesa de madera. Dupre extrajo un paquete de tabaco y le ofreció un cigarrillo. James lo rechazó.

—No fumo, gracias.

—Entonces, los cigarros que recibes son más valiosos —contestó su compañero mientras se encendía uno—. ¿No te han proporcionado un uniforme nuevo?

—No.

—Pues tenemos prohibido mostrar las insignias de nuestra anterior unidad.

—He llegado hace poco, no sé nada de lo que está pasando.

Dupre se acomodó sobre su cama, situada a la derecha de la de Villalobos, exhalando una bocanada de humo.

—Por lo que he podido saber, nos han seleccionado de manera minuciosa —dijo con tono despreocupado—. Parece que han creado una pequeña unidad. Yo era el responsable de comunicaciones y exploración de mi unidad, al igual que Bastan. Redstone es fusilero y Roah, médico.

—Yo era fusilero en el 101.

—Pues con esto lo completamos. Dos exploradores, dos fusileros y un médico. Todos somos soldados rasos. Roah acaba

de terminar su instrucción y no había sido adscrito a unidad alguna. Solo nos queda conocer a nuestros oficiales superiores.

—Por mi parte no tengo demasiado interés.

Dupre alzó el rostro.

—Pues debería interesarte, Villalobos, porque a partir de ahora nosotros seremos una unidad. Y si tengo que disparar a los alemanes, prefiero hacerlo junto a alguien debidamente motivado.

—Llegado el caso, descuida que lo estaré.

Los tres soldados situados alrededor de la mesa jugaban al póker, y sus exclamaciones triunfales y los improperios al perder cada mano arrancaron una sonrisa cínica a James. Media hora después un soldado depositó junto a la cama de James un nuevo petate con ropa en el interior, sin emblemas ni distinciones: su nuevo uniforme. Introdujo la ropa que lo identificaba como miembro del 101 aerotransportado en el interior de un pequeño baúl situado junto a la cama. Parecía que lo habían despojado de más de dos años de intenso adiestramiento, apartado de la familia que había formado durante tanto tiempo. Maldijo en silencio. Parecía un ritual de limpieza medieval, en el que dejaba atrás el pasado para afrontar un futuro incierto.

La comida fue frugal en el comedor del aeródromo, junto al resto de las unidades destinadas, y sus miradas demostraban desdén hacia unos soldados sin distinción ni rango. Redstone se mostró desafiante en dos ocasiones, y la intervención de Dupre y Bastan evitó el más que inminente enfrentamiento. La ausencia total de noticias comenzaba a impacientarlos, y cuando la noche inició su caída, recibieron la orden de acudir a una sala de reuniones cercana: un amplio salón acondicionado con numerosas sillas de tijera, mesas auxiliares, una larga pizarra y la pantalla de un proyector situada junto a la mesa principal. Un juego de lámparas metálicas iluminaba el lugar con una luz blanquecina. Los soldados tomaron asiento, incorporándose al instante cuando tres mandos accedieron a la estancia y avanzaron hasta

el estrado. Un sargento y el teniente que había acompañado a James anteriormente escoltaban al general Meyers. Tras el saludo a sus superiores, recibieron la orden de sentarse.

—Buenas noches, caballeros —comenzó el general Meyers con tono autoritario. Recorrió las mesas con la mirada y sonrió—. Me figuro que os habréis preguntado durante todo el día el motivo por el cual habéis sido destinados aquí.

Guardó un breve silencio mientras analizaba los rostros de los soldados.

—Habéis sido designados a una nueva unidad —prosiguió—. Excepto Villalobos, que posee experiencia en saltos en vuelo, el resto habéis sido adiestrados durante dos semanas en los rudimentos del salto en paracaidismo y espero que los conocimientos adquiridos os sean útiles.

Para James aquellas palabras parecían una locura. En tan solo dos semanas era imposible aprender a lanzarse desde un C47 si se deseaba sobrevivir en el intento.

—Formáis parte de la unidad Pantocrátor, adscrita provisionalmente a la 4 Brigada de Combate. No os esforcéis en memorizarlo, porque seréis una unidad fantasma.

Dupre dirigió una mirada furtiva a sus compañeros. Todos parecían desconcertados.

—La misión que realizaréis bajo mi supervisión, y la del teniente Jonathan Smith, será de acceso restringido, y tenéis prohibido informar de ella a nadie.

James observó su rostro. Ya conocía el nombre, y al parecer sería su superior: teniente Jonathan Smith.

—El sargento Nick Rogers —Meyers dirigió la mirada hacia el otro mando presente, un hombre de rostro duro, alargado y mirada hosca— formará parte de la unidad como suboficial.

James no lograba comprender nada, y sus compañeros tampoco, a juzgar por las miradas de confusión que compartían entre ellos. El teniente y el sargento se mantenían erguidos detrás del general con la mirada fija en los rostros de sus soldados. Excepto

el uniforme plagado de condecoraciones y distinciones de Meyers, las ropas de los presentes carecían de distinción alguna, reafirmando la expresión empleada por el general: eran una unidad fantasma.

—Habéis sido seleccionados por un comité de hombres muy poderosos —continuó Meyers—, quienes han analizado de manera muy concienzuda vuestros expedientes. Soy consciente de que este cambio es traumático para alguno de vosotros. Pero también debemos considerar que una guerra se gana con la suma de las voluntades de los guerreros, y son las pequeñas acciones de cada uno de nosotros las que lograrán situarnos en ventaja sobre el enemigo. Y con ese propósito se ha creado esta unidad. Meyers disfrutaba con la confusión que reinaba en los rostros de los cinco soldados. Sonrió ligeramente.

—El Ejército de Estados Unidos necesita dinero para ganar esta guerra. —Elevó el tono de voz—. Y la venta de bonos no es todo lo lucrativa que nuestros generales habían planeado. Necesitamos más recursos. Pero los hombres ricos y poderosos de nuestra nación no amasaron sus fortunas regalando su dinero, y aunque sus donaciones son generosas, no son suficientes. Si no logramos aumentar el ritmo de recaudación, tendremos serias dificultades de abastecimiento en el frente. Existe un puñado de hombres acaudalados, y algunas instituciones universitarias, interesados en muchos de los objetos de valor que se encuentran dispersos por los campos de batalla de Europa. Vuestra misión será recuperarlos, de manera que los ingresos que obtengamos a cambio nos ayudarán a ganar la guerra.

James se agitó molesto. Aquello era indignante: habían creado una unidad secreta para robar joyas y obras de arte en Europa; un saqueo en silencio. Vergonzoso. Y para este propósito lo habían arrancado de su unidad. Se encontraba tan defraudado que consideró que lo correcto habría sido renunciar en las múltiples ocasiones que dispuso durante la instrucción en el campamento de Tocoa. Simplemente podría haber desfallecido

durante una marcha y evitarse aquella situación tan desagradable. Se había alistado como voluntario para participar en una guerra, pero no para robar joyas en el Viejo Continente.

—¿Saben ustedes cuántos tanques se pueden construir con diez millones de dólares? —inquirió Meyers.

No obtuvo respuesta.

—Casi una docena ¿Y pueden hacerse una idea de la cantidad de suministros, municiones, raciones K y útiles se pueden lograr con esa misma cantidad? No contesten. Más que suficiente como para mantener un regimiento durante una campaña entera. Pues ustedes van a lograr que las universidades más poderosas de nuestra nación y los amantes del arte más acaudalados se peleen por adquirir nuestra mercancía, de manera que el Ejército obtenga una fuente de ingresos muy importante. Un comité de expertos evaluará cada misión y ustedes la ejecutarán. Todas las preguntas que seguro están ansiosos por formular podrán realizárselas al teniente Smith.

—¡En pie! ¡Firmes! —ordenó este.

Saludaron al general mientras abandonaba la estancia, y recibieron la orden de sentarse de nuevo.

—Sé que no os agrada esta situación —comenzó Smith—. A mí tampoco, lo reconozco, y estoy seguro de que para nuestro sargento tampoco es la ubicación idónea. Tenemos ante nosotros un deber tan peligroso como cualquiera de vuestras antiguas unidades: si no actuamos como una de ellas perfectamente coordinada, nuestra vida carecerá de valor.

El sargento distribuyó sendas carpetas a cada uno de los soldados que contenían planos, fotografías aéreas de terreno e imágenes de cinco objetos.

—El 101 efectuará una misión destinada a facilitar el desembarco de nuestras tropas en Europa —prosiguió—. Nosotros saltaremos junto a ellos, puesto que el objetivo de nuestra misión no se encuentra lejos. Marcharemos hasta Rigortèn, donde deberemos localizar la mansión perteneciente a

la familia Lorreife. Buscad una foto de la fachada de la mansión y estudiad el mapa de la región. En su interior se encuentra el tesoro conocido como «Los dedos de Aignes». Observad las fotos de cada objeto, aunque en este caso deberíamos confiar en el buen tino de nuestro experto Villalobos.

James alzó la mano.

—¿Me permite realizar una observación, señor?

—Por supuesto.

—Yo estudié Historia, no Arte, señor.

—Pero sin duda conocerá la historia y procedencia del tesoro.

—Claro, señor. Fue un regalo del conde Aignes a la esposa de Carlomagno con motivo de su coronación como emperador. Pero no seré capaz de distinguir una copia del verdadero, en el caso en el que se hubiera realizado una reproducción.

—Bueno, soldado, esa es su misión. La nuestra es asegurarnos de que llegue hasta la mansión, y en ese momento usted deberá lograr el tesoro. Además, si existe algún objeto de valor, también deberá añadirlo a la remesa.

James frunció el ceño, molesto. Desvalijar una mansión. Cinco años en la universidad, y otros dos años más en el Ejército, para ser destinado a desvalijar casas señoriales en Europa. Como un vulgar ladrón.

—En el momento en el que comience nuestra ofensiva —apuntó el sargento Rogers, quien había permanecido en silencio hasta ahora—, los alemanes retrocederán y se llevarán consigo todos los objetos de valor que estimen oportuno.

—O que puedan cargar —añadió el teniente—. Señores, si logramos rescatar Los cinco dedos de Aignes, el Estado Mayor calcula que podrá recaudar más de cincuenta millones de dólares. Y cada uno de nosotros nos embolsaremos, como incentivo, quinientos dólares.

Una miseria, juzgó James. Quinientos dólares por robar cinco objetos valorados en más de cincuenta millones.

—Por cada objeto—completó Smith—. Cobraremos quinientos dólares (el sueldo de diez meses) por cada dedo. —Alzó la mano y movió las falanges—. Dos mil quinientos dólares para cada uno. Una pequeña fortuna.

Bueno, aquello ya parecía algo más interesante, aunque la idea no lo atraía ni lo más mínimo.

—Sargento, prosiga.

—Nuestras órdenes, una vez hayamos recuperado el tesoro, son regresar hasta las líneas amigas, buscar el cuartel general más próximo e informar al general Meyers por radio. Por supuesto que deberemos abatir a todas las tropas enemigas con las que nos topemos, así como notificar cualquier movimiento sospechoso que detectemos. Nos encontraremos en territorio enemigo, lo cual es un elemento que añade mucho más peligro a la misión. No debemos permitir que nos detecten.

Aquello era muy evidente. Si caían prisioneros, serían tratados como espías, lo cual los encaminaría hacia el paredón de fusilamiento sin remedio.

—Si no tienen ninguna pregunta, caballeros —dijo el teniente Smith—, pueden retirarse. Estudien los documentos que les hemos proporcionado. Partiremos en cuanto el tiempo del Canal de la Mancha mejore. Estén preparados.

La tropa se incorporó lentamente. De regreso al barracón descubrieron que habían recibido un equipo de campaña paracaidista completo para cada uno de ellos, excepto fusiles, ya que no había tiempo para ajustar las mirillas de esas nuevas armas. Cada uno de ellos extrajo su arma principal del baúl instalado en la cabecera de las camas y comenzaron a vestirse.

Redstone sonreía como un niño con zapatos nuevos mientras revisaba el equipo de manera pausada, como si degustara cada instante. James lo distribuyó sobre la cama de manera automática. Era preciso que estudiase los detalles de la misión, pero después de inspeccionar todo el material cuanto antes: un cuchillo de campaña, una cuchara de metal, una navaja de

afeitar, calcetines de repuesto, paños de limpieza, linterna de mano, raciones K para tres días, raciones de emergencia, cinco juegos de munición de repuesto, la brújula reglamentaria del ejército, granadas y explosivos, tres cajas de cigarrillos, una pistola Colt del calibre 45, cantimplora, una pala, bayoneta y un botiquín. Así mismo depositó sobre la cama una máscara antigás.

Los paracaídas habían sido alineados frente a las camas, y James los revisó minuciosamente. Si sus compañeros habían recibido una instrucción básica de salto en vuelo, lo menos que podía hacer por ellos era asegurarse de que los paracaídas se encontraban en perfectas condiciones. Redstone portaba ametralladora de mano en lugar del fusil, una Thompson, y extrajo desde su baúl un voluminoso cuchillo con el propósito de añadirlo a sus pertrechos. James hizo lo propio con su cuchillo-bayoneta de paracaidista. Cada uno de ellos añadió algún objeto personal más desde su propio baúl, siempre observando a sus compañeros de soslayo para asegurarse de que no eran descubiertos.

La cena fue servida en el barracón principal del aeródromo, y las cabezas numerosas de los soldados se alinearon como perfectas columnas de hormigas dispuestas a dar buena cuenta del rancho. —Esto es una locura —protestó el doctor Roah—. Tan solo hemos recibido dos semanas de entrenamiento conjunto, y eso en el mejor de los casos, porque Villalobos acaba de ser asignado a nuestra unidad. Debemos infiltrarnos en territorio enemigo y localizar una casa perdida de la mano de Dios.

—Usted no se preocupe de cómo llegar —replicó Dupre. Su rostro se asemejaba al de un halcón vestido de militar—. Esa es la tarea de Bastan y la mía. Debe asegurarse de mantenernos con vida si somos heridos.

El médico removió el puré de patatas con fastidio.

—El sargento y el teniente tienen razón en algo: debemos estar unidos en esta misión —indicó Redstone—. Nuestra vida

depende de las acciones de nuestros compañeros. Todos hemos sido adiestrados como soldados, deberemos comportarnos como tales.

Al llegar el sargento Rogers, anunció que deberían disponerse para formar frente a los transportes a las 20:30 horas, lo cual apenas les proporcionaba algo más de una hora de tiempo. Se dirigieron a la carrera hasta su barracón, donde se equiparon.

—Recordad que no debemos hablar de la misión —dijo el sargento mientras los conducían hasta los hangares—. Ni una sola palabra. Seremos transportados en un C47 junto a otra unidad y el teniente y yo saltaremos junto a vosotros. Si reconocéis alguna cara entre nuestros acompañantes, deberéis recordad mis palabras: ni una palabra.

El trayecto en camión fue breve, silencioso como si cada uno de los soldados deseara aprovechar el momento para poner paz en sus propios pensamientos. James apenas había estudiado brevemente los planos y las fotografías de los objetos. Aquello parecía tan precipitado que vaticinaba un desastre. Si lograban aterrizar todos indemnes, ya sería un milagro.

Descendiendo lentamente, entorpecidos por la carga. Se situaron junto al aeroplano que debería conducirlos hacia su primera misión. Allí saludaron al teniente Smith. James auxilió a sus compañeros a colocar todo su equipo de la mejor manera posible, revisando los arneses una vez más, de la misma manera que había observado a sus jefes de pelotón actuar en cada salto que realizaban durante los meses anteriores. Los pantalones de paracaidista poseían cordones en ambas perneras destinados a evitar que los bolsillos traseros se hinchasen, y recomendó que cada uno fuese minuciosamente atado para evitar inconvenientes durante el salto. Él mismo había participado en maniobras preparatorias para un momento como este, y desconocía si sus compañeros lo habían sido. Aún así, prefirió asegurarse:

—Vamos a realizar un salto detrás de las líneas enemigas —informó en voz baja a cada uno de sus compañeros mientras

comprobaba las correas de sus paracaídas—. Lo cual significa que toda silueta de soldado que observemos será un posible enemigo. Os recuerdo que la palabra clave es: «Relámpago», y si el soldado es de los nuestros, contestará con un: «Trueno». Luego deberemos contestar: «Bienvenido». Cuando os dispongáis a saltar, apoyad las manos por fuera del avión. De esta manera cualquiera podría empujaros si dudáis durante un instante y lanzaros con facilidad. Si os apoyáis por dentro, quedaremos todos atrapados en el avión porque sería muy complicado obligaros a ceder. El miedo es normal, y aún más si habéis recibido tan poca instrucción. Yo os ayudaré si es necesario. Antes de saltar no perdáis de vista la bolsa donde guardamos el fusil, y cuando hayáis saltado mantened la mirada fija en el horizonte, separad ligeramente los pies y amortiguad la caída todo lo posible. Si os enredáis con las cuerdas de los paracaídas, cortadlas de inmediato con el cuchillo que guardáis en la solapa de la guerrera. Si tenéis la desgracia de quedar enredados en un árbol, usad también el cuchillo, pero primero aseguraos de que podéis afianzaros a las ramas, porque de lo contrario la caída podría ser fatal.

—Allá abajo reinará una confusión del infierno —prosiguió—, pero nuestro punto de encuentro es una pequeña granja con un granero cilíndrico de madera. No deberíamos encontrar demasiadas dificultades en localizarla a un kilómetro al este de nuestro punto de salto.

La mayoría de las instrucciones eran conocidas por todos, pero agradecieron las palabras de ánimo de su compañero, más experto que ellos en aquellas labores. James se sentía como el hermano mayor, e incluso se atrevió a dirigirse al sargento y al teniente en términos parecidos, algo que agradecieron con un ligero asentimiento de cabeza. Él era un paracaidista perfectamente adiestrado que saltaría sobre las líneas enemigas... con un puñado de novatos. La excusa perfecta para que un alemán le volase la cabeza.

Era injusto.

Accedieron al interior de los aviones poco tiempo después. Parecían enormes bolos revestidos por la seda de los paracaídas, torpes como peces fuera del agua. Era imposible distinguir la compañía a la que pertenecían el resto de ocupantes, puesto que ellos mismos también se habían despojado de las insignias y tan solo mostraban la bandera norteamericana cosida en la manga derecha de sus guerreras. Los oficiales, entre ellos también el sargento Rogers y el teniente Smith, lucían pintadas en los cascos rayas horizontales mientras que los oficiales las mostraban verticales. Aquella era su única identificación posible. Todos mantenían los rostros impassibles, duros como guerreros de antaño, dispuestos a aniquilar a su enemigo. James reconoció en los compañeros de viaje la determinación del 101, y sonrió. Al menos se disponía a saltar con los mejores.

Los motores comenzaron a rugir y la aeronave se preparó para el despegue. Dupre mantenía la mirada inclinada, respiraba en busca de algo de tranquilidad. Roah se había acomodado junto a él con los labios apretados, sudando copiosamente y el tono pálido de su tez advertía de un posible ataque de pánico. Bastan, visiblemente nervioso, sonrió cuando cruzó la mirada con la de James. Redstone hablaba en voz baja, como si elevara una plegaria.

James conocía a la perfección la mayoría de las misiones encomendadas a las diferentes compañías, de igual manera que sus compañeros de la 506. Era obligatorio memorizarlas, puesto que si por algún capricho del azar caían en zona equivocada, deberían combatir junto a cualquier soldado aliado hasta lograr regresar a su zona de reunión. Así mismo, todos los soldados conocían los deberes y obligaciones de al menos dos rangos superiores al suyo. Podían manipular radios, leer mapas y empuñar prácticamente cualquier arma, tanto amiga como enemiga. Era consciente de que partía junto a un puñado de soldados extraído de otros cuerpos diferentes, aspirantes a

paracaidistas en el mejor de los casos. Sintió la tentación de rogar a Dios que la misión fracasase al ser lanzados demasiado lejos de su objetivo, y no encontrar más remedio que combatir junto a los desconocidos de la 101. Al menos era consciente de que lo haría junto a los mejores. El avión había despegado, comenzando el viaje hacia lo desconocido. Tomó aire. Había trabajado muy duro para llegar a aquel momento, y a pesar de todo, no pensaba desperdiciarlo.

Media hora después se le cerraron los ojos, concentrándose en mantener la mente en blanco y respirando de forma regular. Percibió el olor del miedo, del sudor que invadía la panza del C47: olía a pólvora, a hierro forjado para matar; sentía la ansiedad y la tensión que dominaban al soldado que aguardaba junto a él un destino desconocido.

II

Madrugada del 6 de junio

El avión traqueteaba, ascendía y descendía de manera brusca, y en ocasiones efectuaba giros abruptos. Los hombres comenzaron a sentir el estómago revuelto, y Dupre se inclinó sobre las rodillas, evacuando la cena y añadiendo el del vómito a la diferente amalgama de olores reinante en el interior del avión. Aquello había situado el estómago de James en pie de guerra, pero logró dominar las arcadas gracias a la acertada decisión de abrir la compuerta principal, animando de manera sustancial la moral de los soldados. La brisa era fresca y despejaba lentamente a los más adormecidos o angustiados. James, aprovechando su situación privilegiada en el primer puesto de la unidad, junto al teniente Smith, asomó la cabeza por la puerta del avión. Nunca olvidaría el espectáculo que se desarrollaba a sus pies aquella noche: diseminada a lo largo de una larga línea de batalla, la mayor flota de invasión jamás creada navegaba bajo ellos a toda máquina dispuesta para asestarle un golpe definitivo a las aspiraciones de Hitler. Las estelas de los navíos eran interminables, y estos avanzaban con las luces apagadas bajo la luz de la luna. A su lado formaba una impresionante escuadrilla compuesta por cientos de C47 con las bodegas repletas de soldados ansiosos por comenzar su trabajo. Los aviones, de gran tamaño y habilitados para arrojar los paracaidistas y sus pertrechos en aquella arriesgada misión, pronto formarían un blanco muy sencillo de abatir para las baterías antiaéreas, tanto por culpa de su tamaño, pues parecían enormes ballenas aéreas pintadas de verde, como por la baja altitud que debían tomar. La visión de aquel poderoso ejército lo obligaba a retroceder hasta sus temores anteriores.

La costa se aproximaba hacia ellos lentamente, y cuando el piloto rojo situado sobre la escotilla del avión se iluminó, el sargento al mando ordenó a los soldados levantarse y enganchar el mecanismo de apertura automática de sus paracaídas al cable de seguridad. La comprobación rutinaria del paracaídas de cada compañero situado a su lado fue realizada de manera nerviosa pero eficiente, y a su término el silencio invadió aquel puñado de soldados que aguardaban en pie a que la deseada luz verde se iluminase.

Entonces dio comienzo un infierno de vaivenes, turbulencias y destellos de munición antiaérea. Uno de los soldados situados en las primeras posiciones informó que los aviones habían perdido la formación y volaban desordenadamente. La velocidad del avión había aumentado de manera alarmante: no parecía el mejor escenario para que sus compañeros novatos efectuasen un salto exitoso; ni para él. Era evidente que los pilotos también se jugaban la vida al planear de aquella manera, arrojar la carga sobre un campo de batalla sembrado de baterías antiaéreas y emprender el camino de regreso; así que parecía lógico que aumentasen la velocidad con el propósito de acceder al punto de lanzamiento lo antes posible sin recibir daño alguno. Un nuevo estremecimiento, seguido por el impacto de la munición de las baterías antiaéreas, confirmó la sospecha de James: aquel avión posiblemente no regresaría a casa.

Por fin la luz verde se encendió, y en menos de cinco segundos los paracaidistas de la 101 se arrojaron al vacío sin dudarlos. Su sargento, un tipo de mirada franca y poco corpulento, saludó al teniente Smith antes de abandonar el C47.

—¡Vamos! —ordenó el teniente agitando los brazos—. Es nuestro turno. ¡Adelante!

James se arrojó al vacío y la adrenalina agudizó sus sentidos, acelerándole el corazón. A su alrededor el espectáculo era estremecedor: un millar de balas trazadoras iluminaban el firmamento y arrancaban chispas de las panzas de los C47, como

si fuesen bestias de antaño acosadas por las flechas de los humanos. Cerca de él un avión se estrelló contra una construcción de piedra, arrancando la vida a un buen puñado de soldados.

Recorrió el cielo con la mirada tratando de localizar a sus compañeros, pero la cantidad de paracaídas desplegados le impedía localizarlos. Un segundo después su máxima preocupación fue eludir un grupo de árboles al que se aproximaba a una velocidad peligrosa. Encogió las piernas, pero fue insuficiente para evitar el impacto de una de las ramas sobre su pierna derecha. Al momento el pequeño cauce de un riachuelo fue el próximo obstáculo a eludir, y aunque el aterrizaje lo había situado a apenas dos metros de distancia, el paracaídas se hundió sobre el agua, arrastrándolo empujado por la corriente del río. Extrajo su cuchillo de campaña para cortar las correas de manera urgente antes de ser arrastrado río abajo.

Después de despojarse del paracaídas de repuesto, montar su fusil M1 que había viajado con él protegido por una funda acolchada colgada de su pierna y tomar algo de aire para templar los nervios, se agazapó detrás de un pequeño matorral. La adrenalina comenzaba a dominar su cuerpo, y el golpe de la caída junto al impacto de la rama le mantenían las piernas doloridas. Se limpió el sudor de la frente mientras trataba de localizar el lugar en que se encontraba. Era imposible, ya que el estrépito de los aviones al planear a apenas un centenar de metros sobre su cabeza, acompañado por el rugido de las ametralladoras y las baterías antiaéreas, junto al horrible sonido de los C47 al ser derribados, lo obligaban a permanecer en tensión constante aferrado a su fusil.

De pronto se relajó y reflexionó.

Había sido entrenado para llegar hasta allí con vida; las largas jornadas de adiestramiento durante más de dos años y los suplicios y privaciones recibidas le habían proporcionado la posibilidad de llegar hasta allí vivo. Sonreía porque los

desgraciados soldados que perecerían en aquel desembarco multitudinario sin posar un pie sobre territorio enemigo no podrían disponer de la ocasión de poner en práctica todo lo aprendido. Y aunque quizá fuese un pensamiento algo macabro y funesto, le reconfortaba el ánimo considerarse un afortunado. Avanzó agazapándose con los dientes apretados con determinación y las manos aferradas a su fusil hacia una pequeña loma cubierta de vegetación que le proporcionaría la ocasión de localizar la granja. El sonido repetitivo y letal de una ametralladora lo obligó, de súbito, a buscar cobertura detrás del tronco de un árbol, pero el fuego no iba dirigido hacia él. Una vez más la adrenalina le aceleraba el pulso, y sus pasos, lentos y furtivos, lo aproximaron en dirección al sonido. Un rápido vistazo, protegido tras un pequeño matorral, le permitió descubrir la presencia del nido de ametralladoras que barría la ladera que descendía frente a él y dominaba un amplio círculo, causando estragos entre los soldados aliados. Mientras extraía la anilla de seguridad de una granada de mano, se aproximó un metro más para arrojarla hacia el nido y buscar cobertura al instante. El estallido corto y seco puso fin al bramido de la ametralladora. Siempre con todos sus sentidos alerta, pudo comprobar que dos alemanes yacían sin vida junto al arma destrozada. La aparición de un grupo de siluetas, que saltaban sobre el nido y dirigían sus armas contra él, le detuvo el aliento.

—¡Relámpago! ¡Relámpago! —gritó James.

—¡Trueno! —contestó uno de los soldados.

—Bienvenido —añadió otro de ellos mientras se aproximaba hacia él—. ¿Has sido tú el que se ha cargado ese nido de avispas?

—Sí, señor —contestó James al observar la franja vertical dibujada sobre el casco de su interlocutor.

—Identifíquese, soldado.

—Soldado James Villalobos.

—Bien, muchacho, ya se presentará debidamente —interrumpió su superior mientras caminaba junto a él—. Ahora debemos reagruparnos. Venga con nosotros.

—Mi punto de reagrupamiento se encuentra cerca, señor —contestó James.

—Comprendido. Suerte, muchacho. ¡Vamos!

Instantes después la unidad se perdía entre la espesura. James se alzó sobre la cima de la colina con precaución, puesto que podría constituir un blanco fácil para ambos bandos, y fue capaz de divisar la granja a un par de kilómetros al sur, más allá de un pequeño riachuelo. Prosiguió zigzagueando, deteniéndose cada varios pasos para comprobar que el camino se encontraba libre de enemigos, y de pronto se detuvo al distinguir que una cabeza oteaba el horizonte del mismo modo que él lo había realizado. Su perfil se dibujaba contra la claridad del cielo iluminado por las estrellas y las municiones trazadoras. James se escondió detrás del tronco de un árbol, apuntando con el fusil hacia el posible enemigo. Era un disparo difícil, y varios minutos después la sombra se aproximaba entre los troncos de la espesura. Caminaba con precaución, elevando su arma y vigilando cada recodo de camino. No parecía un soldado aliado. La explosión de un avión en el firmamento le iluminó el rostro: era un oficial alemán y el mismo destello de luz revelador había realizado lo propio con James. Su reacción fue más rápida que la del oponente: el M1, cuidado y engrasado durante los últimos seis meses, disparó en dos ocasiones derribando a su enemigo entre un gorjeo apagado. Después de comprobar que no existían más peligros a su alrededor, reconoció al caído: era un oficial alemán de aspecto joven. Las insignias al valor y numerosas distinciones le adornaban la pechera. De nada le valdrían ya. Una cartera de cuero yacía junto al cadáver. Contenía en su interior numerosos documentos que podrían ser valiosos, así que se la acomodó alrededor del cuello y se alejó en dirección a la granja con paso precavido.

Su primer enemigo caído había sido un nido de ametralladoras. Y el segundo, un oficial alemán. Además había sobrevivido a un aterrizaje peligroso y accidentado. La suerte le sonreía... aún. La granja se encontraba en llamas, y un grupo de figuras se agazapaba contra una de las cercas de madera. Protegido por la cobertura, comprobó que en efecto aquellos soldados eran miembros de su unidad. En silencio, y mientras se aproximaba encorvado como una sombra nocturna, dio gracias a Dios porque al menos cuatro de sus compañeros hubiesen sobrevivido.

—¡Relámpago! —exclamó

—¡Trueno! —contestó la voz de Dupre.

James se encaramó a la cerca. Dupre, el teniente Smith, el doctor Roah y Redstone le palmearon el hombro con alegría al acceder junto a ellos.

—El sargento y el soldado Bastan se encuentran registrando la granja —apuntó el teniente.

James se sintió incómodo. Parecía que el teniente lo informaba deseando expresarle que todos habían logrado sobrevivir, como si reconociese en él a un soldado de mayor valía al lograrlo en solitario.

—He tenido un par de contratiempos —contestó James mientras señalaba a la cartera de cuero—. Un nido de ametralladoras y un oficial alemán. He aterrizado algo lejos y me he desviado.

—Nosotros hemos aterrizado relativamente cerca —contestó Redstone, quien mantenía la mirada fija en la oscuridad de la noche. Sus ojos parecían los de un depredador nocturno—. Un grupo de boches se encontraba en la granja, y nos hemos entretenido con ellos. No nos esperaban, al parecer.

—Por allí se acercan nuestros hombres —informó el teniente señalando dos figuras con el dedo—. En pie. Debemos avanzar, aún nos aguarda una larga caminata hasta el pueblo.

El teniente y Dupre avanzaron en cabeza. El grupo se internó de nuevo en un denso bosque con orden de desplegarse y buscar la cobertura de los árboles para protegerse de un posible ataque. El

sonido de la batalla menguaba a medida que se alejaban, lo cual les indicó que la primera fase de la misión había finalizado. Deberían avanzar cuanto antes.

—El pueblo se encuentra a diez kilómetros —musitó Bastan—. Pero en un camino repleto de enemigos podremos emplear toda la noche en recorrerlo.

—Posiblemente nuestras tropas lleguen hasta allí al anochecer de mañana —añadió James—. Para entonces habrá sido preventivamente evacuada la guarnición alemana.

Abandonaron la espesura para internarse en un campo de escasa vegetación, eludiendo precautoriamente la carretera principal, conscientes de que se encontraban muy expuestos. Dejaron atrás aquel sector y tras vadear un pequeño arroyo, al cabo de dos horas llegaron hasta las proximidades de Rigortèn.

Se detuvieron cobijados por una amplia tapia para tomar aliento.

James bebió un trago de agua y mordisqueó una tableta de chocolate que formaba parte de las raciones de emergencia. Había aprendido que debía hidratarse siempre que le fuera necesario, y en la medida de lo posible era necesario comer algo de azúcar cada pocas horas. Aquello le proporcionaría las energías suficientes hasta que pudieran disponerse a pasar la noche.

—La mansión Lorreife se encuentra aquí —dijo el teniente iluminando su mapa con una pequeña linterna de mano—. Debemos recorrer el perímetro del pueblo para llegar hasta ella.

—Es mayor distancia, pero más seguro —apuntó el sargento—, porque en pocas horas amanecerá.

—Al llegar a la mansión —prosiguió el teniente— Roah y Dupre se quedarán fuera, proporcionándonos cobertura por si la necesitásemos. Entraremos el sargento, Redstone, Villalobos y yo. Bastan, usted sitúese vigilando esta puerta lateral —apuntó a una puerta adyacente— por si alguien tratase de huir. Mátelo sin consideración alguna. Si es un francés, sin duda se alegrará

de vernos y no huirá. Si es alemán, nosotros nos alegraremos de que huya en tu dirección.

La noche era silenciosa en aquel lugar, como si sus habitantes ignorasen el horror desplegado a pocos kilómetros de allí. Recorrieron el perímetro del pueblo agazapados tras las tapias de los numerosos huertos que salpicaban el lugar. El ladrido ocasional de algún perro fue toda la resistencia que hallaron.

—Creo que los alemanes han evacuado a sus tropas del pueblo —apuntó James al oído del teniente—. No hemos encontrado ninguna patrulla, ni luces en las viviendas. Todo esto se encuentra demasiado tranquilo, señor.

—Es posible. Avancemos.

La mansión Lorreife era una casona antigua compuesta por cuatro alturas, techado de pizarra a dos aguas, balaustradas y ventanales decorados con elegancia y un amplio murete a su alrededor. No observaron actividad en su interior, lo cual podría significar que sus moradores se encontraban descansando, o que no estaban en su interior.

Bastan desapareció en silencio, y el doctor y Dupre se instalaron en sus puestos. Redstone, el teniente y James, agazapados como felinos en la noche, accedieron hasta la fachada principal. El porche de la mansión era amplio, de madera antigua y con una poderosa puerta de roble macizo. El teniente ojeó uno de los ventanales situados a la derecha y Dupre hizo lo propio en los de la izquierda. La puerta se encontraba abierta, y el grupo la franqueó con precaución.

La oscuridad reinaba en el interior. Dupre se dispuso a encender su linterna de mano, pero James lo detuvo señalando hacia un pequeño destello de luz situado al fondo de la estancia. Este avanzó primero, con Dupre y el teniente tras él protegiendo los flancos. Las respiraciones de los tres hombres parecían retumbar, y cada paso suyo arrancaba un crujido de la tarima de madera. James comprobó que dos cuerpos se encontraban tendidos sobre una alfombra. Una chimenea, numeroso

mobiliario finamente decorado y una escalera que ascendía hacia el piso superior componían el lugar. Redstone se inclinó sobre los cuerpos, anunciando con voz ronca que uno de ellos se encontraba sin vida: era un hombre de edad madura, pelo cano y vestido con ropas de calidad. Mostraba una terrible herida en el pecho, y su sangre empapaba la alfombra. A su lado el cuerpo de una mujer joven emitió un ligero gemido.

—Parece con vida —dijo el teniente—. Redstone, vaya hasta el doctor y hágalo entrar. Después, registre los pisos superiores junto al sargento Rogers. Que Dupre y Bastan se queden en el exterior vigilando.

—Es evidente que hemos llegado tarde, señor —apuntó James—. No mucho; el muerto aún conserva el calor.

La muchacha mostraba el rostro amoratado e hinchado y numerosas heridas en el cuerpo ensangrentado. Sus ropas se encontraban desgarradas y apenas lograba respirar débilmente. El doctor la acomodó sobre un diván auxiliado por James para administrarle el interior de una ampolla metálica. Luego procedió a desinfectar las heridas y a vendarlas cuidadosamente, aprovechando los jirones de un amplio mantel de seda. Redstone y el sargento Smith regresaron sin novedades

—Necesitamos que Villalobos la interrogue —dijo el teniente—. Y después debemos encontrar el rastro de quienes hayan cometido esta atrocidad.

El doctor agitó la cabeza.

—Apenas puede hablar, me temo. Ha sido golpeada salvajemente, y sobra decir que la han forzado. La desdichada ha debido de vivir un suplicio.

—Bueno, Villalobos, interrogue a la muchacha; usted habla francés, si no me equivoco.

James dirigió una mirada asombrada a su superior. Sin duda que había tenido acceso a su expediente.

—Redstone y Smith, buscad todos los objetos que parezcan tener valor y traedlos hasta el salón.

—Debéis encontrar un cofre pequeño —añadió James—. Todo lo que parezca un estuche, o similar. Buscad en las paredes con revestimientos de madera por si existen lugares secretos, y apartad las alfombras para localizar posibles suelos falsos. Localizad la habitación del señor de la casa y registrad el vestidor de manera minuciosa.

—Hacedlo cuanto antes, y rápido, muchachos. No tenemos tiempo.

La muchacha apenas logró relatar en orden los acontecimientos sucedidos. Ella y su padre habitaban la mansión familiar, negándose a abandonarla cuando los alemanes tomaron el pueblo. Era un lugar frío e incómodo, por lo que los oficiales decidieron buscar alojamiento en mejores instalaciones, permitiéndoles vivir con relativa tranquilidad. Pero pasada la medianoche un ruido de sirenas alarmó a la población; numerosos camiones y vehículos de transporte irrumpieron en las plazas del pueblo con el propósito de evacuar a las tropas alemanas. Entonces irrumpieron en la mansión cinco soldados alemanes. Los maniataron y los torturaron con el objetivo de extraerles el lugar donde su padre escondía las joyas de la familia.

—¿Dónde las escondíais? —preguntó entonces James.

La muchacha giró el rostro debilitado. Su padre había accedido a proporcionarles la información a cambio de sus vidas. Aquello pudo calmarlos, pero cuando localizaron la cámara secreta su contenido no pareció contentarlos. Apenas guardaba en él un pequeño cofre con joyas de su familia, entre ellas las heredadas durante generaciones.

—Los dedos de Aignes —masculló James.

Los ojos de ella se dilataron, sorprendidos al escuchar aquellas palabras pronunciadas por un soldado extranjero. Los alemanes mostraron interés por un hermoso broche con una gema engastada en plata y un collar de eslabones de oro con pequeñas incrustaciones de jade y alabastro.

—El pulgar y el meñique —añadió James mientras le mostraba a la joven las fotografías de los objetos para cerciorarse.

Ella asintió con la cabeza y, aterrada, relató que los soldados parecían furiosos, puesto que aguardaban encontrar todo el tesoro junto. Su familia había recibido numerosos reveses en los últimos años, viéndose su padre obligado a vender los dos hermosos anillos y la diadema de diamantes. Uno de los anillos se lo había vendido a un comerciante instalado en la vecina Goanne, pero el paradero del resto del tesoro era desconocido para ella. Los alemanes encontraron una gran suma de dinero en francos suizos, lo que parecía corroborar la versión de la muchacha, y mataron a su padre llevados por la desesperación y la ira. Ella recibió las vejaciones de dos de ellos, golpeándola después como a un animal sin vida.

—Parece que nuestros *amigos* han podido tomar dos caminos —informó James—. O se dirigen hacia Goanne, a visitar al comprador de una de las sortijas, o se replegarán junto al resto de las tropas.

—Goanne se encuentra a veinte kilómetros de aquí, en el interior de las líneas enemigas en dirección a Carentan —añadió el teniente—. Para ellos sería tentadora la idea de recuperar uno de los dedos de Aignes.

—Pero aún así nos faltará el resto del tesoro —objetó el sargento.

James se inclinó de nuevo sobre la joven y le preguntó si su padre mantenía al día el libro de cuentas de la propiedad. Ella afirmó con la cabeza, indicándole con voz quebrada que guardaba sus libros de cuentas en una salita anexa al salón.

—Cuando consigamos un momento para descansar estudiaré los libros —dijo James—. Espero poder encontrar las identidades de los compradores del resto del tesoro.

—Muy buena idea, soldado —sonrió el teniente—. Ahora hemos de encontrar un transporte que nos conduzca hasta Goanne lo más rápido posible.

El doctor había localizado algo de pan, vino y galletas y los dispuso en el regazo de la malherida. James regresó al salón con dos gruesos libros debajo del brazo. Después de la búsqueda infructuosa de un vehículo en los alrededores, emprendieron el camino hacia Goanne a pie. Tampoco parecía una buena idea recorrer una carretera tan peligrosa a bordo de un vehículo de transporte, puesto que serían un objetivo demasiado sencillo de abatir por las patrullas alemanas. James guardaba los libros en el interior de la cartera de cuero requisada al oficial alemán, y lanzó una última mirada a la joven que yacía en el diván. Si lograba sobrevivir a las heridas, debería afrontar una vida repleta de dolor provocado por el desdén y la crueldad de cinco soldados ahítos de codicia y sed de sangre.

—Bienvenido a la guerra —susurró para sí mismo mientras dejaba atrás la mansión a paso ligero junto al resto de la unidad—. Bienvenido al infierno.

Sin lugar a dudas, la existencia de Los dedos de Aignes no había pasado desapercibida para las tropas alemanas, y aquellos soldados parecían muy interesados en obtener el tesoro completo, a juzgar por su furiosa reacción al descubrir que se encontraba incompleto. ¿Quién podría encontrarse interesado en adquirírselo a los alemanes?

La noche era muy avanzada y la adrenalina mantenía en alerta los sentidos de James, pero si no se detenían durante un par de horas para descansar, seguramente alguno de sus compañeros caería desfallecido. Él había recibido un entrenamiento salvaje, y se encontraba preparado para afrontar una larga marcha durante horas. El descanso fue más breve de lo esperado, pero aprovechado por James para hidratarse y dar buena cuenta del resto de la tableta de chocolate. La marcha prosiguió con rumbo paralelo a la calzada, manteniéndola vigilada tanto para defenderse de posibles agresiones como para tender alguna emboscada si fuese necesario. La zona era muy similar a la región del sur de Inglaterra donde James había sido destinado

durante los últimos meses: un territorio húmedo, de espesa vegetación y orografía irregular. Al cabo de dos horas más, el grupo se detuvo parapetado en la densa vegetación de una loma. Unas voces en alemán procedentes de la calzada les indicaban que por fin habían contactado con el enemigo, un control de carretera compuesto por media docena de soldados. No muy lejos, aparcada en el arcén de la carretera, se encontraba una pequeña camioneta.

—Nuestro transporte —afirmó el teniente.

El sargento Rogers se aproximó y le habló con voz queda, asegurándose de que los soldados no lo escucharan.

—Señor, si nos cargamos el control, los alemanes lo detectarán y buscarán presencia enemiga dentro de sus líneas defensivas.

—Lo sé. Pero si avanzamos, no tendremos las espaldas cubiertas; en cualquier momento estos soldados podrían caer sobre nosotros, o cualquier otro enemigo. Además, las fuerzas aliadas avanzarán en dirección Carentan, por lo que atraerán la atención de los alemanes.

Un instante después un pesado camión se detuvo en el control. Arrastraba en un remolque varios proyectiles de 155 mm encajonados y protegidos por lonas. Cuatro soldados más descendieron del transporte e intercambiaron instrucciones.

—Ahí tienes un motivo más para atacar el control —sentenció Smith con la mirada brillante de emoción—. Ese cargamento contiene proyectiles de 155 mm para sus cañones estacionados no muy lejos de nosotros, y con alcance de casi veinte kilómetros. Si no llegan a su destino, salvaremos muchas vidas de nuestros hombres.

Dupre y Bastan recibieron la orden de descender la loma y situarse a la misma altura en el lado contrario, desplegándose colina abajo de manera cautelosa hasta obtener una distancia óptima de tiro. Allí deberían aguardar a que los alemanes se parapetasen tras el camión de transporte, de manera que les ofrecerían la espalda y podrían abatirlos con facilidad. La

carretera avanzaba en una depresión sinuosa y el control se había establecido en un pequeño llano. Las luces del camión iluminaban las figuras de los soldados, quienes departían con algo de inquietud sobre lo acontecido horas atrás. Dos faroles se alzaban sobre los postes de control. Una pareja de alemanes observaba la situación encaramados sobre una de las cercas que obstaculizaban la carretera. Diez enemigos para siete soldados... No le parecía descabellado a James. Apuntó al conductor del transporte, aguardando con disciplina la orden de abrir fuego. El fusil del teniente derribó a uno de los soldados acomodados en la cerca. Al instante un estrépito de disparos sorprendió a los alemanes, abatiendo a cinco antes de que lograsen parapetarse tras el camión de transporte. James había logrado herir al conductor y trataba de localizar algún punto débil en el parapeto del camión, pero el teniente ordenó detener el fuego; no era muy seguro disparar contra un transporte de munición de gran calibre. Los alemanes comenzaron a barrer con sus disparos la zona sobre la que se mantenía oculto, lo que lo obligó a arrastrarse con rapidez para alejarse de sus disparos. Pero un segundo después el fuego de los fusiles de Dupre y Bastan silenciaron las voces alemanas. Redstone descendió con precaución manteniendo su ametralladora Thompson dispuesta para abrir fuego. Dupre y Bastan aparecieron entre la espesura de la margen contraria, e indicaron con un gesto de la mano que la zona había sido despejada de enemigos.

—¡Rápido! —ordenó el teniente a la carrera—. Redstone, aparte este camión de la carretera. Villalobos, Dupre y Roah, desnuden a los muertos. Sargento, usted y Bastan mantengan la carretera vigilada.

Las órdenes del teniente fueron cumplidas en pocos minutos. James sospechaba cuál era la intención del teniente, y esta se confirmó al recibir la orden de cambiarse la ropa con la de los caídos.

—Avanzaremos en la camioneta —dijo Smith mientras se ajustaba la guerrera de paño de uno de los nazis—. Guardaremos nuestros uniformes en su interior. Dupre, usted conducirá. Villalobos y yo lo acompañaremos en la cabina del conductor. Somos los únicos que hablamos alemán. Intentaremos recorrer el máximo de kilómetros antes de llegar a Goanne.

III

James lanzó una mirada lastimera en el instante de despojarse de sus apreciadas botas de paracaidista, sintiéndose muy incómodo bajo el casco de acero con el águila de la Wehrmach impreso en el costado izquierdo. Desecharon la mayoría de los útiles de los soldados para mantener tan solo las armas y el cinto que transportaba la munición. Examinó el rifle Mauser K98 alemán, similar al M-1 norteamericano pero algo más ligero. Era un arma de cerrojo manual, más lenta que el M-1, pero que seguramente podría disparar diez o quince disparos por minuto si el tirador era hábil.

Luego de comprobar que sus hombres se habían cambiado de ropa, Smith se ajustó el uniforme del oficial al mando del control mientras dirigía la mirada al sargento Rogers y a Bastan:

—Colocad cargas de explosivos debajo de las ruedas del transporte de munición. Debemos inutilizarla.

Los dos hombres situaron granadas de mano alemanas y algunas cargas de explosivo que portaban en su equipo.

—Me siento estúpido —gruñó Redstone mientras contemplaba su cuerpo embutido en un uniforme varias tallas más estrecho—. Si los alemanes nos detienen y me obligan a bajar, te juro que se me revientan los pantalones.

—No te preocupes —contestó Smith con una sonrisa—. Si tenemos algo de suerte, en poco tiempo volverás a lucir tu uniforme de nuevo. Tan solo tomamos precauciones.

—Mantened vuestras armas preparadas —advirtió el sargento Rogers—. Si nos descubren, deberemos abrir fuego. Podéis situar nuestros M-1 al alcance de la mano, porque serán más fiables que los fusiles alemanes.

James se había acomodado en el asiento lateral derecho, junto a Smith, quien ocupaba el asiento central, el lugar que debería ocupar un oficial. El motor rugió un instante y se puso en

marcha. Entonces Bastan y Rogers extrajeron el seguro de las granadas y se arrojaron en el interior del vehículo de transporte. Unos instantes después, el poderoso estruendo de la detonación les indicó que aquella munición de artillería ya no caería más sobre tropas aliadas.

—¿Me permite una pregunta, señor? —dijo Dupre al cabo de varios minutos de trayecto.

La carretera era irregular, y la suspensión de la camioneta defectuosa, por lo que debían avanzar a una velocidad moderada. Smith accedió con la cabeza sin perder de vista la carretera.

—¿Cómo sabía usted que yo hablo alemán?

El teniente sonrió.

—Estudí sus expedientes con detenimiento. Los conozco casi tan bien como sus propias madres.

—Pues mi madre era una mujer de cuidado, descendiente de alemanes emigrados a finales del siglo pasado, ¡dudo mucho que logre conocerme tan bien como ella, señor!

James desvió la mirada ligeramente divertido. Aquel comentario había colaborado a relajar la tensión existente en una unidad formada por una curiosa mezcla de soldados. Dupre era sin duda un apellido de origen francés, y su madre era originaria de Alemania. Él mismo era hijo de padre español y madre francesa. El doctor Roah era judío. Sin duda lo pasaría muy mal si era apresado por los alemanes.

Smith mantenía un pequeño mapa entre las manos y ocasionalmente lo consultaba con su linterna de mano. El amanecer comenzó a iluminar el firmamento cuando Dupre abandonó la carretera, deteniendo el vehículo en un lugar apartado. Descendieron pesadamente, y algunos aprovecharon para alejarse y orinar.

—Dupre, Villalobos, vengan conmigo —exhortó el teniente.

Desplegó el mapa e indicó la ubicación de la ciudad con el dedo.

—Nos hallamos a un kilómetro de Goanne —dijo con voz seria—. Pero desconocemos qué nos encontraremos allí.

Debemos obrar con precaución. Ustedes explorarán la ciudad, disfrazados de alemanes, y deberán localizar tanto a los cinco bastardos que perseguimos como al comprador que posee uno de los dedos de Aignes. Solo deben explorar, no entren en combate bajo ningún concepto. Cuando logren localizar a alguno, acudan de nuevo hasta nuestras posiciones y elaboraremos un plan de ataque.

Los dos nombrados asintieron. El amanecer iluminaba lentamente el firmamento y encontraron el camino despejado.

—Mi alemán es más clásico —dijo James mientras atravesaban un terreno de labranza—. Procuraré hablar poco. Me figuro que el alemán de tu madre es más humilde.

—Posiblemente, pero debería desengrasarme un poco antes de hablar —contestó Dupre en alemán—. También te servirá a ti para acostumbrarte.

Se aproximaron manteniendo una conversación informal. Doblaron un recodo del camino y se toparon con un control de carretera alemán compuesto por una pareja de soldados.

—*Hail Hitler!* —exclamó Dupre alzando el brazo derecho.

Los dos soldados lo contemplaron con mirada sorprendida. Respondieron con desgana:

—Los americanos han atacado nuestro puesto de control. Buscamos un médico y algo de comida.

Hablaba con alguna dificultad, pero las ropas sucias y ensangrentadas, así como la casi ausencia de equipo de campaña, convencieron a los centinelas para elevar la barrera.

—Informen al general Hokken —dijo uno de ellos— ¡Y lávense y consigan un equipo decente antes! Si acuden al general vestidos de esa guisa, seguramente los envíe a cavar letrinas.

—Una duda. —Dupre se detuvo y giró el rostro hacia los centinelas—. Necesitaría saber dónde se alojan las tropas recién llegadas de Rigortèn.

—Los últimos en llegar, hace un par de horas, se han alojado en una de las granjas.

James alzó la mano sonriente y ambos prosiguieron el camino. El pueblo no era muy extenso, apenas una sucesión de calles entrecruzadas compuesta por viviendas construidas en madera y piedra. Se detuvieron en la plaza central, donde una edificación de piedra cenicienta se alzaba solemne ante ellos.

—Nos llevan dos horas de ventaja —musitó James—. Quizá estén durmiendo.

—Algo que deberíamos hacer nosotros. Pero hemos de encontrar la granja donde han sido alojados y regresar a informar.

—Antes deberemos averiguar la identidad del comprador del anillo de Aignes.

—¿Acaso crees que podremos entrar en esa cantina y preguntar por el comerciante más rico del pueblo? —replicó Dupre con voz dura, disimulando con una sonrisa—. Nadie nos informará de nada si les preguntamos con el uniforme alemán. Es una locura.

—¿Qué propones?

—Ellos se encargarán de localizar al desdichado comprador. Nosotros deberemos controlarlos, y llegado el caso arrebatárles los tres objetos.

James no respondió. Se encontraba fatigado después de la intensa noche en vela. La mañana era hermosa y la luz del sol inundaba de energía las calles del pueblo. Interrogaron a uno de los habitantes por ubicación de las granjas, y les informó que las habían habilitado como barracones para las tropas replegadas tras el avance aliado. Una de las granjas para la infantería y otra para un pequeño grupo mecanizado.

—Apuesto mi paga de dos meses a que nuestro objetivo forma parte de la unidad mecanizada —añadió James mientras se dirigían hacia el perímetro de la granja—. Tan solo las unidades mecanizadas pueden maniobrar con una autonomía parecida. La infantería se encuentra más controlada.

—Es posible que así sea, pero desaparezcamos cuanto antes. No soporto llevar este uniforme ni un minuto más del necesario.

Se aproximaron hasta su objetivo a paso vivo. Saludaron a dos sargentos que los observaron con el gesto contraído, y apretaron el paso cuando constataron que no eran observados. Una vivienda, dos amplios establos y un corral vacío componían la granja donde la unidad mecanizada había sido alojada. Un vehículo blindado semioruga descansaba en el corral principal.

—Aquello es un Sdkfz 250, un vehículo anfibia —informó James—. Observa las ametralladoras que transporta: la trasera puede ser empleada como arma antiaérea. Ese transporte puede atravesar cualquier terreno, es más rápido que muchos de los blindados alemanes, y más sencillo de manejar. No comprendo qué hacía una unidad así en Rigortèn. Es empleado para transportar soldados al frente de batalla.

Se mantenían cuerpo a tierra ocultos por una espesa mata de arbustos.

—Voy a informar al teniente —dijo Dupre—. Vigila sus movimientos. Yo regresaré con alguien que te releve y puedas descansar.

Se alejó arrastrándose durante un corto espacio de terreno, desapareciendo tras un repliegue. Aquel era el único momento tras trece horas en el que James obtenía un instante de descanso. Sentía las piernas y brazos pesados, la cabeza ligeramente embotada y la boca pastosa. Lamentó no poder beber un trago de agua y comer algo, ya que sus provisiones las había depositado en la zona trasera del camión de transporte. Algo más de media hora después, Dupre regresó acompañado por Bastan y Redstone. Vestían de nuevo el uniforme reglamentario de los paracaidistas norteamericanos, y sonrieron con un asentimiento de cabeza cuando lo relevaron. Dupre lo acompañó de camino al lugar donde se había instalado la unidad. Una vez allí las raciones K le parecieron un auténtico festín: el guiso de pollo

frío, galletas y mermelada de fresa parecían más sabrosos que cualquier manjar del mundo.

El campamento había sido levantado en una zona apartada de las carreteras secundarias que conducían a Carentan. El teniente Smith había establecido guardias tanto en la carretera como en los alrededores del campamento. No deseaba que una unidad alemana perdida se topase con ellos de improviso. Cuando el sol comenzaba a declinar, James fue enviado de regreso al puesto de vigilancia de la granja.

—Han tenido una actividad agitada durante todo el día —apuntó el doctor Roah antes de regresar al campamento—. Creo que han recibido malas noticias, porque las discusiones son constantes. Han conducido a un civil hasta el interior del cobertizo principal. —Señaló una estructura de madera con tejado piramidal pintado de rojo—. Creo que en cuanto se entere Smith entraremos en acción.

—Eso espero —admitió James.

El pelotón se agrupó en la posición de vigilancia ocupada por James. El teniente Smith dibujó en el suelo un pequeño plano de la distribución de los edificios de la granja. La vivienda ocupaba el centro, flanqueada por los dos establos y el corral desierto.

—Es posible que el comprador de los Lorreife se encuentre prisionero en el cobertizo —comenzó señalando el dibujo del edificio—. Si es así, quizá no haya revelado el paradero de la joya, porque de lo contrario lo habrían liberado... o matado. Evidentemente, las joyas robadas las poseerá el oficial de la unidad, que se alojará en la mejor de las habitaciones de la granja. Según nuestras exploraciones, la unidad la componen cinco soldados y su oficial. Uno de ellos vigila el granero donde esconden al prisionero. Otros dos patrullan el perímetro de la granja y los dos restantes descansan en la vivienda. Debemos evitar atraer la atención de los alemanes que se encuentren cerca, por lo que no emplearemos nuestras armas de fuego si no es absolutamente imprescindible, sino los cuchillos. Dupre se

encargará de eliminar al centinela del cobertizo. Bastan y el sargento Rogers neutralizarán a los centinelas exteriores. Roah, Redstone y Villalobos me acompañarán en el asalto de la vivienda. Aguardaremos a que anochezca.

Las sombras de la noche se extendieron sobre ellos, descendiendo ligeramente la temperatura. Las luces de la vivienda se encendieron cuando el prisionero fue conducido hasta su interior.

—Cambio de planes, Dupre —anunció Smith en voz baja—, nos acompañarás en el asalto a la casa. Recordad que a poca distancia se encuentra alojada una unidad completa de infantería. Si levantamos sospechas, nos complicarán la vida. No disparéis si no es estrictamente necesario.

El sargento Rogers se alejó de ellos en dirección a la fachada posterior de la vivienda, donde uno de los centinelas patrullaba la zona. Bastan se dirigió hacia uno de los cobertizos agazapándose protegido por la noche. El teniente encabezó el avance hacia la vivienda. Caminaban lentamente eligiendo con cautela cada palmo de terreno. Observaron al centinela realizar su recorrido alrededor de la vivienda principal: una construcción de madera rectangular, de dos pisos de altura, muy similar a las viviendas comunes de la zona. Un farol iluminaba un perímetro de varios metros y el soldado lo recorría de manera rítmica y monótona. A medida que se alejaba de su luz, el pequeño puntero plateado de su linterna de mano mostraba su posición. Dejaron atrás el corral y aguardaron tendidos en el suelo a que Bastan realizase su trabajo. Smith indicó a Redstone que debería trepar hasta el segundo piso; Villalobos debería acceder desde la puerta posterior; Roah, Dupre y él mismo lo harían a través de la puerta principal. James se arrastró hacia la zona posterior de la casa protegido por la penumbra. Una vez más la adrenalina comenzaba a disparar su ritmo cardíaco. El centinela de la fachada posterior caminaba alrededor de un círculo de luz arrojado por otro similar al de la zona principal. Fumaba y

tarareaba una canción, deteniéndose en ocasiones para lanzar un vistazo a la zona no iluminada auxiliado por su linterna. Apuró su cigarro y lo aplastó contra el suelo, pero en el momento en el que desviaba la mirada hacia el bolsillo de su guerrera para extraer otro nuevo, una figura se abalanzó sobre él como la sombra de una pantera en la noche. El sargento Rogers mantuvo apresado el rostro del desdichado con una mano y con un movimiento rápido de la libre lo degolló. El alemán se derrumbó después de emitir un ligero gorjeo, acompañado por un intento desesperado de liberarse de la presa. Rogers lo arrastró hacia la zona de penumbra, y James comenzó a aproximarse lentamente empuñando su cuchillo de paracaidista, algo más largo que el reglamentario del resto de fuerzas estadounidenses.

Apostados junto a la puerta trasera, percibieron el sonido de una radio procedente del piso superior y voces del principal. Una de las ventanas arrojaba una luz mortecina al exterior, y James escudriñó en el interior de la casa. La habitación principal se encontraba ocupada por tres soldados alemanes y un civil maniatado a una silla de madera. Habían despejado la estancia de muebles y uno de los soldados caminaba alrededor del prisionero con la mirada chispeante. Sus compañeros observaban aburridos el interrogatorio acomodados sobre sendos sillones andrajosos. James le indicó al sargento que Redstone se encontraría trepando en dirección a la ventana iluminada, y este replicó que deberían aguardar a que el teniente irrumpiese en la habitación por la puerta principal, momento en el que ellos los sorprenderían desde la retaguardia. James había realizado una acción así en miles de ocasiones, durante su adiestramiento: era una más de las rutinas de entrenamiento que mecanizaban todos los reclutas, enfrentados a supuestos enemigos inofensivos. En aquel momento se disponía a jugarse la vida una vez más, puesto que el disparo de cualquiera de los alemanes le podía segar la vida. El factor sorpresa, y maniobrar con rapidez y contundencia, eran vitales. El sargento observaba

la estancia asomando ligeramente el rostro desde la ventana. Parecía un buen soldado, de temperamento firme y letal con el cuchillo. Había eliminado al centinela con perfecta profesionalidad, aguardando el momento en el que su presa se descuidaba, y aprovechándolo como un depredador.

Varios minutos después un estruendo procedente del interior de la vivienda indicó que sus compañeros habían comenzado el asalto, pero el sargento se detuvo con el puño alzado indicándole que debía aguardar a la orden. James se situó frente a la puerta, dispuesto a abatirla de una patada e introducirse en el interior. Unos segundos después el sargento se hizo a un lado, indicándole que debía proceder de inmediato. Actuó como tantas veces había entrenado: un primer paso con la pierna izquierda, otro con la derecha y un vigoroso tercer paso con la izquierda aprovechando el impulso para descargar una patada con la pierna derecha en la zona de la cerradura de la puerta. Apenas había cedido la puerta y un pequeño grupo de hombres se enzarzaba en un forcejeo letal. Los soldados alemanes se habían incorporado entre exclamaciones e improperios, y peleaban con puños y dientes contra una fuerza desconocida para ellos: tres alemanes contra tres compañeros suyos. El doctor Roah lanzaba cuchilladas desesperadas a su enemigo mientras este las esquivaba arrinconado. James se detuvo a analizar la situación durante apenas un instante, y decidió abalanzarse sobre el alemán que acosaba a su compañero como si fuese un jugador de *rugby* rival, golpeándolo con el hombro en la cabeza y desplazándolo hacia atrás. Hundió el cuchillo en su estómago en dos ocasiones, derrumbándolo sin vida. El sargento había degollado al alemán que combatía contra Dupre y el teniente había logrado herir de gravedad a su contendiente, rindiéndose. Un hombre irrumpió en la habitación con las manos alzadas, encañonado por Redstone. Este mostraba una sonrisa divertida en el rostro, y su mirada brillaba.

—Dos prisioneros —dijo el teniente mientras se incorporaba con las manos manchadas de sangre.

—Este cerdo tenía el joyero sobre su mesa, y contemplaba con codicia el anillo.

Depositó sobre una mesa un estuche abierto de madera repujada. Un collar de oro con piedras preciosas engastadas relució durante un instante. A su lado un grueso broche de jade y filigranas de oro y plata reposaba junto a un anillo de oro macizo con un pequeño diamante engastado.

—Dupre y Bastan, vigilad el perímetro, pero de manera más eficaz que la de los alemanes —ordenó el teniente mientras cerraba el estuche—. Villalobos, acompáñeme al piso superior. Sargento, encárguese de la vigilancia de los prisioneros.

Ascendieron por unas estrechas escaleras y los tablones de madera crujieron bajo sus botas. La planta superior poseía una pieza pequeña, iluminada tenuemente por una lámpara de aceite, y amueblada con humildad con una mesa, varias sillas y dos aparadores con las fotografías de los antiguos habitantes de la casa. Smith se acomodó junto a la mesa, depositando el estuche sobre ella. James tomó asiento junto a él.

—Estudie las joyas, Villalobos —dijo mientras volvía a abrir el joyero—. No me gustaría descubrir que hemos sido engañados por los alemanes.

James tomó una a una cada joya. Sin lugar a dudas, parecían los verdaderos dedos de Aignes. Extrajo las fotografías que guardaba en su mochila para compararlas con las piezas reales.

—Creo que son verdaderas —afirmó depositándolas de nuevo en el interior del estuche—. Pero no comprendo el motivo por el cual los alemanes se encuentran detrás de ellas.

—Se lo preguntaré al oficial —contestó Smith—. Hágalo subir, y comuníqueme al sargento Rogers que se encargue del interrogatorio del soldado apresado.

James regresó a la planta baja e instantes después condujo al oficial hasta la primera. El oficial alemán era, para sorpresa de

James, un capitán de las SS, el cuerpo de élite del ejército alemán. ¿Qué demonios hacía una unidad alemana, dirigida por un capitán de las SS, detrás del tesoro de Aignes?

—Déjenos a solas, soldado —dijo Smith con voz autoritaria.

James obedeció. El teniente había tomado una decisión muy peligrosa al interrogar al oficial alemán sin refuerzos. Pero él se encontraba al mando, y nada podía replicar.

En la planta baja, el sargento Rogers se acariciaba el rostro con mirada dura.

—Pregúntale cuáles son sus órdenes —le dijo a James en el momento en el que este accedía a la habitación.

Su voz parecía ligeramente molesta. James tradujo las palabras de su superior, pero el alemán permaneció en silencio.

—Querían saber dónde estaban el resto de las joyas —interrumpió el civil francés.

Había sido liberado de sus ataduras y se encontraba agazapado en el suelo con la espalda apoyada en la pared de yeso.

James tradujo sus palabras, ya que nadie hablaba francés excepto él y Dupre.

—¿Y dónde se encuentran? —preguntó el sargento con el rostro serio.

El francés se encogió de hombros al escuchar la traducción.

—Yo solo le compré el anillo porque me pareció un regalo muy bonito para mi mujer —replicó—. Pero murió, así que no pudo disfrutarlo. Los alemanes acudieron esta mañana a mi casa y me obligaron a entregarles todas mis pertenencias a punta de pistola. Pensé que me dejarían en paz si les entregaba el anillo, puesto que tiene un gran valor. Pero me tomaron prisionero y me torturaron para que les revelase algo que desconozco.

Hablaba de manera pausada, muy educadamente, ligeramente entorpecido por la hinchazón del rostro y los dientes quebrados. Era un hombre de reducido tamaño, moreno y delgado. El doctor le había desinfectado numerosas heridas en el cuero cabelludo, y su sangre le manchaba las ropas y el rostro.

—Soy el profesor Pierre Dupoin —prosiguió—. ¿Puedo regresar a mi casa?

—No —contestó de manera taxativa el sargento—. De momento no.

El teniente regresó apuntando con su pistola al oficial alemán.

—Se ha negado a cooperar —dijo con fastidio—. Atadlo a una silla. Guardaremos a que entre en razón.

Redstone obedeció al instante. James, tras inspeccionar la cocina y descubrir tan solo suciedad y polvo, se acomodó junto a Dupre con la espalda apoyada en la pared para comenzar a masticar una de las galletas de sus raciones.

Smith tomó asiento junto al sargento.

—Debemos trazar un nuevo plan —dijo mientras extraía su cantimplora—. Villalobos, suba a la primera planta y allí, tranquilamente, eche un vistazo a los libros de cuentas de Lorreife. Necesitamos una pista.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó James dirigiendo la mirada hacia el profesor Dupoin.

—No tengo ni idea —admitió Smith—. Si regresa a su casa con ese aspecto, seguramente levantará sospechas y enviarán a un pelotón a interrogar a los alemanes. Lleva todo el día fuera de casa, así que es posible que las sospechas se generen de igual manera. Si lo dejamos con vida, quizá nos delate.

—Pero le hemos salvado la vida —objetó Roah—. No nos delatará.

—Ya pensaré en algo —replicó Smith—. Bastan, releve a Dupre. Necesito otro intérprete que hable francés.

James ascendió por las escaleras y, tras depositar el fusil junto a una pared, comenzó a estudiar el contenido de los dos libros, apartando los mapas confiscados al oficial muerto. La luz era defectuosa y el trabajo le exigió gran concentración. La voz de Dupre se alzaba desde la planta baja mientras interrogaba de manera brusca al soldado alemán. Pobre desdichado.

Seguramente terminaría muerto, así como también el oficial alemán. No podrían dejar a nadie con vida que los delatase.

Las finanzas de Lorreife eran importantes, aunque con el inicio de la guerra sus rentas disminuyeron de manera notable. Localizó una venta por una suma muy cuantiosa a un banquero apellidado Lemiere, así como también la venta de la sortija al profesor Dupoin. Dos semanas atrás había vendido otro objeto por una elevada suma de dinero, que seguramente correspondería a los francos que les entregó a los alemanes la noche anterior. El comprador era un tal Pascal Montfert, y había pagado en francos suizos. Cerró los libros y los introdujo de nuevo en el bolso de cuero para dirigir entonces su atención hacia los planos confiscados al oficial alemán. Era un plan de maniobras previsto para el mismo momento del desembarco. Los alemanes no sospechaban que el ataque podría comenzar en Normandía, y aquel plano lo demostraba. Había sido una suerte para ellos que se encontrasen numerosas unidades desplegadas por la zona, porque de lo contrario el avance podría haber sido mucho mayor. Los soldados evacuados de Rigortèn pertenecían al 91 cuerpo de infantería alemán, pero nada decía sobre la curiosa unidad mecanizada. Ellos no se encontraban allí de maniobras, era más que evidente.

Las pisadas de Roah atrajeron su atención. Parecía acelerado.

—Evacuamos —dijo con voz entrecortada—. Se acercan soldados alemanes.

James depositó los mapas de vuelta en la cartera. Debería abandonar cuanto antes los libros, puesto que representaban un peso extra muy incómodo, pero no podía dejarlos allí. Dispusieron a los dos alemanes y al profesor en el centro de la habitación de la planta baja, maniatados y amordazados. Redstone había recolectado las granadas de mano de los alemanes y las había comunicado entre sí con un cordel. Amarró un extremo del cordel al picaporte de la puerta y lo tensó alrededor de una silla.

—Si abren la puerta principal, saltarán todos por los aires —dijo con tono triunfal—. Nos proporcionará una distracción para huir.

Abandonaron el salón a través de la puerta trasera, sellando de aquella manera el funesto destino del profesor y el de los soldados, pero combatían en una guerra y sin duda los delatarían al enemigo; eran sus vidas o las de ellos. El civil se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. James cerró la puerta con el sonido de los forcejeos de los prisioneros peleando por sus vidas de manera desesperada.

¿Qué te ha parecido lo que has leído hasta ahora? ¿Te apetece acompañar a James Villalobos y sus compañeros más allá de las líneas enemigas? Te advierto que el resto de los relatos son adictivos y no vas a poder parar de leer.

Si te apetece seguir leyendo, puedes encontrar más información [aquí](#).

